

# El sueño del robot

Por Ebling Mis

“Todo mi trabajo está a punto de dar sus frutos. Aún queda evaluar algunas variables y optimizar las concentraciones de galio y gamma-butilato y la cantidad de HCFC. Si todo sale bien, recibiré el premio Indbur antes del fin de la década. Sin duda representará uno de los mayores avances de la humanidad.”

Los dedos de Nox Cousland tecleaban ágilmente en la pantalla de su terminal portátil. Aunque su rostro era normalmente serio, podía apreciarse una pequeña sonrisa en la comisura de sus labios. Sabía que estaba cerca de lograr su objetivo. Se encontraba en su laboratorio, un espacio amplio que era a la vez el lugar donde se desarrollaba su particular investigación y su área favorita de la casa.

—¿Qué opinas de los avances de hoy?

—El ritmo de trabajo ha sido excelente en los últimos días, señora. Hoy no ha sido una excepción.

—Ya es casi perfectamente funcional. Bueno, Caleb, creo que es hora de cenar.

Caleb se dirigió a la puerta del laboratorio, la abrió e hizo un gesto amable a la científica para que pasara. Ésta se lo agradeció, como indican las reglas no escritas de la formalidad entre humanos, y se dirigió a la cocina. Era una habitación pequeña en una casa no demasiado grande en la que la mayoría del espacio estaba destinado al laboratorio, pero para Nox Cousland, la pequeña mesa y los sobrios electrodomésticos eran muy acogedores. Caleb llegó tras ella y se dispuso a preparar la cena favorita de Nox: pollo frito con refuerzo de niacina acompañado por lechuga de Juniper.

Nox Cousland poseía más de un robot, pero sin duda apreciaba a uno de ellos muy por encima de los demás. Es por eso que le llamaba Caleb y no C-138, su número comercial. Lo había obtenido hacía unos años en una tienda de antigüedades y lo compró al instante, tal vez sintiendo lástima al enterarse de que iba a ser reciclado, tal vez por ninguna razón en particular. Era un modelo muy antiguo, tanto que muchos lo considerarían una muestra de coleccionismo o simplemente una excentricidad. Eso de haberlo visto, ya que Nox Cousland nunca salía de casa acompañada por el robot ni mucho menos lo enviaba fuera solo. Era demasiado importante para poder acabar su trabajo. La doctora Cousland terminó su cena, le indicó al robot que podía descansar (suspenderse hasta nueva orden) y se retiró a dormir. Ahora que estaba tan cerca de terminar, no pudo evitar pensar en los eventos que la llevaron a donde estaba en aquel momento.

La sala de conferencias estaba llena. Las más brillantes mentes de la robótica, la electrónica y la psicología artificial se encontraban allí, junto con gente de otros campos que buscaban ampliar su visión de la ciencia y estudiantes que soñaban con algún día poder firmar multitud de estudios o patentes con un nombre que causara reconocimiento. La Cumbre Robótica se celebraba anualmente en la fría región de Kingsport, y la de 2805 estaba siendo mucho más multitudinaria que sus predecesoras. Hasta ahora se habían visto ponencias sobre

los avances más punteros en muchos ámbitos del campo, e incluso algunas aventuraciones sobre el futuro próximo y el no tan próximo.

La próxima ponente era miembro de un grupo de investigación sobre el potencial de la inteligencia artificial o, como a ella le gustaba llamarla, la mente robótica. Mientras subía al escenario, entre el público aún había un gran bullicio, generado por comentarios sobre algún increíble estudio de las respuestas de vegetales a estímulos sonoros, la torpeza de algún becario al organizar el material de laboratorio o lo absurdo de aquella reciente noticia sobre tal o cual famoso. Una Nox Cousland de menos seriedad y arrugas subió al escenario y se situó tras el controlador del holoprojector. Este año la cumbre se celebraba en la ciudad de Toren, donde vivía actualmente y donde había pasado la mayor parte de su vida, y no quería decepcionar a su público. Cuando la doctora tenía ya preparada su presentación en el holoprojector y carraspeó un par de veces, el bullicio fue disminuyendo poco a poco hasta desaparecer.

—Sed todos bienvenidos. No esperaba que viniera tanta gente, ¡me alegro mucho! Soy la robopsicóloga Nox Cousland, y pertenezco a un grupo de laboratorio que lleva un tiempo trabajando sobre la emoción artificial. —El holoprojector mostraba imágenes de distintos planos del cerebro humano al lado de fotografías en las que se veía el procesador central de algún modelo de robot reciente, para que se apreciaran las obvias y drásticas diferencias—. Como sabéis, los robots son incapaces de procesar emociones simples como la alegría, la tristeza o la ira: esto es obvio. Lo máximo a lo que llegan es a reconocer las expresiones faciales comunes a estos sentimientos para emplearlas como una variable más, aunque importante, a la hora de tratar con la persona en cuestión, de una forma que, hasta la fecha, hemos considerado más o menos eficiente.

»Sin embargo, es también obvio que estas frías interpretaciones no pueden tener en cuenta artificios más complejos del espectro emocional humano, como la ironía. ¿Alguien ha encontrado alguna manera de que un robot interprete que un ser humano está empleando la ironía? Se han intentado avances en esta dirección dentro de la robopsicología, y todos han ido por caminos similares y, en mi opinión, igualmente equivocados. Con una evaluación del rostro y el tono de voz del humano que la máquina está evaluando, intentamos que distinga si una expresión lleva el significado implícito de sus palabras o *exactamente el opuesto*. —La proyección holográfica dio paso a datos recopilados tras el estudio de un buen número de publicaciones en el ámbito del que hablaba la psicóloga, acompañados por coloridas representaciones gráficas—. Para esta tarea, el robot necesita mucha información externa a la situación, y debe emplear los factores más complejos y profundos que haya conseguido obtener previamente del humano. Como muestra la evidencia experimental, el éxito en la detección de ironía sólo tiene lugar en el 34% de las ocasiones, y eso en las situaciones más favorables para la máquina.

»¿Cómo puede un robot interpretar un factor tan complejo como la ironía, cuando ni siquiera nosotros mismos entendemos del todo este fenómeno? ¿Es una herramienta social para el humor, para demostrar agudeza mental, para mostrar que nuestro ingenio supera el de los demás? Está claro que tiene un componente *profundamente humano*. No hablo de una mística «condición humana» que nos haga únicos e irremplazables, sino que pretendía hacer referencia a todo lo que no sabemos sobre nuestra mente.

»No podemos implantar en robots la comprensión de procesos que ni nosotros mismos entendemos aún. Otro ejemplo es el humor: podemos enseñar cientos de chistes a un robot,

podemos incluso programarlo para que los cuente de forma divertida, pero no podemos hacer que *entienda* el humor. Ni, mucho menos, para que *crea* un chiste. Este ámbito ha sido profundamente explorado por el equipo al que pertenezco, y los resultados han sido los siguientes. —La proyección fue mostrando varias frases formuladas por robots, obtenidas durante la investigación del grupo de Cousland. “En este proyecto de investigación trabajan dos cisnes.” “Un hombre creyó mirar la hora, pero, en realidad, la hora le estaba mirando a él.” “El cielo es amarillo.” Algunas oraciones más aparecieron por pantalla, todas inclasificables como chistes.— Como ven, los robots utilizados han sido incapaces de crear algún contenido valioso. Los procesos que les llevaron a formular estas frases están siendo investigados en profundidad.

»Les pido ahora que no se alarmen por lo que viene. Los robots son máquinas, sí, pero en ocasiones necesitamos usarlos como algo más que herramientas. Los robots son nuestros compañeros —se oyó algún carraspeo e incluso alguien profirió una queja cuando la doctora se refirió a los robots con este término—, y son compañeros a los que tratamos de manera muy fría. Este es el método óptimo: órdenes claras y directas, como un programador que indica a la computadora cuál es su trabajo exacto. Pero hay muchas personas para las que los robots son un apoyo importante y la poca humanidad de nuestras máquinas es un factor muy relevante en su relación. ¿Qué pasa con las personas discapacitadas cuya vida sería imposible sin estos robots? La eficiencia de la terapia con robots en el caso del autismo ha sido ampliamente demostrada. Sin embargo, la deshumanización de las máquinas pone un obstáculo muy profundo en la mejora de la calidad de vida de estas personas. Es por esto que mi equipo y yo buscamos vías de mejorar la expresividad robótica y de que sean capaces de tener un espectro emocional medianamente reconocible por la persona promedio. Necesitamos robots menos robots y más humanos.

Un murmullo entre el público había ido creciendo en intensidad durante esta parte de la exposición, y para cuando la robopsicóloga soltó esta última frase, el bullicio era ya considerable. Nox Cousland esperó a que se calmara la situación, herida por la mentalidad cerrada que ya preveía entre sus compañeros científicos, pero con la cortesía de una profesional. Cuando el público se calmó, la doctora continuó con su exposición y presentó los puntos clave del futuro trabajo de su grupo como si nada hubiera pasado.

Corin Adford era un reconocido neurólogo. Su trabajo sobre la influencia de algunos subproductos del metabolismo de un hongo recientemente descubierto en la regulación de la expresión de varios neurotransmisores había ayudado enormemente a la curación de algunas enfermedades poco comunes, y le había valido reconocimiento profesional y social. La Cumbre Robótica le pareció, un año más, un evento de obligada asistencia.

Corin Adford era también un importante impulsor del movimiento antihumanización, cuya conservadora ideología lo posicionaba firmemente en contra de cualquier avance que motivara la conversión de los robots en seres emocionales. En el manifiesto del movimiento, que había cosechado un número enorme de firmas entre habitantes de Kingsport pertenecientes a todos los estratos sociales, se afirmaba que los robots eran herramientas que no debían ser usadas más que como tal, y cualquier posibilidad de humanización de los robots

ponía en peligro la integridad de la especie humana y la singularidad de su existencia y, en algunos casos, significaría la creación de una amenaza real en forma de robots independientes que se vieran a sí mismos como dignos y superiores dueños de la humanidad.

Por todo esto, a Corin Adford no le pareció nada bien el trabajo que había expuesto la doctora Cousland. Pidió a la doctora una cita para debatir el tema y así lo hicieron. Cousland se defendió con pruebas de estudios bien revisados y con toda la serie de ventajas que supondría la implantación de espectros emocionales en los robots que realizaran labores sociales. El profesor arremetió con ejemplos puntuales de robots que habían mostrado ser peligrosos y, como era habitual entre los miembros de su movimiento, con argumentos elaborados a posteriori para apoyar ideas concebidas previamente. La discusión fue acalorada y, como era de esperar, ninguno de los dos logró convencer al otro de su posición. Corin pasó entonces a buscar el apoyo de un poder superior. Por suerte para él, el alcalde de Kingsport era un orgulloso miembro del movimiento antihumanización, por lo que se dispuso a completar los tediosos procedimientos burocráticos necesarios para tener una audiencia personal con el citado gobernador. El alcalde tenía el rango más elevado en la jerarquía de la región, y su decisión sería inapelable a la hora de desarticular un equipo de investigación particularmente peligroso para el orden y la paz social.

El ayuntamiento de Kingsport era más merecedor del nombre de palacio que del de ayuntamiento. Había sido construido por orden de Daneel Olivaw, el primer alcalde de la región, tras la brutal guerra entre potencias de dos siglos atrás, la cual había reconfigurado el mapa político global drásticamente. El general Olivaw había conseguido conquistar y mantener la amplia región de Kingsport durante los últimos meses de la guerra, y se había nombrado a sí mismo primer alcalde de la Democracia. Su mano de hierro y una fachada de falsas libertades y populismo habían conseguido afianzar el nuevo régimen y asegurar la continuidad de su línea filial en el mando. Muchos de los habitantes de Kingsport no acababan de aceptar el sistema, pero sin duda preferían una etérea democracia a las penurias de la guerra. Disponían de todo tipo de servicios y entretenimientos e incluso podían elegir a sus senadores cada cinco años. ¿Qué más querían?

Kor Olivaw era el noveno alcalde de Kingsport y el octavo que había accedido al cargo por derecho de nacimiento. Al igual que sus predecesores, había sido educado para ser un dirigente firme y eficiente, y como la mayoría de los otros antes que él, lo cumplía a la perfección. Mantenía así una larga tradición de hombres poderosos que aseguraban el calmado y monótono estado de paz y tranquilidad en el que se hallaba la región desde hacía casi doscientos años.

El fornido y canoso alcalde se encontraba cenando en la mesa de su despacho, como hacía en los días de más trabajo. En realidad le encantaba pasar tiempo allí, ya que gustaba mucho más de la tranquilidad del bien engrasado mecanismo burocrático que había heredado que del bullicio que producían en su casa dos niños pequeños y las eventuales riñas con su mujer. Kor Olivaw meditaba con satisfacción sobre lo bien que iban las cosas en Kingsport, como siempre había sido y siempre sería, mientras disfrutaba de un buen filete de cerdo sobre la mejor cubertería.

El cerdo del que se había obtenido el filete no era de una línea comercial común, sino que había sido diseñado para que su carne tuviera en su sabor matices de ternera, tocino y queso de Bliste. Antaño, el genetista de las cocinas del ayuntamiento diseñaba los animales

destinados a la alimentación del alcalde y su familia para que aportaran las cantidades óptimas de nutrientes que necesitaba cada persona, al igual que hacían los genetistas de muchas otras familias con suficientes ingresos, pero poco a poco se fue modificando el trabajo del genetista hacia el diseño de manjares más sabrosos, más exclusivos y menos saludables. A ello se debía en parte el tamaño de la barriga del alcalde.

Cuando terminó de cenar colocó sus cubiertos y platos en una cinta transportadora adyacente a su mesa y se levantó para ir al baño privado del despacho y asearse. Este pequeño ritual le ayudaba a despejar un poco su mente antes de volver al trabajo. Cuando volvió a sentarse en su mesa, tomó un montón de hojas que habían sido puestas en esta por un secretario mientras estaba en el baño y comenzó a revisarlas.

—Deja que pase el primero —le indicó al matón de la puerta.

Corin Adford entró en el despacho del alcalde con ímpetu y una sonrisa en la cara. Apoyó la rodilla derecha en el suelo, como indicaba el protocolo, y habló mirando hacia un punto arbitrario del suelo frente a los pies del alcalde.

—Excelencia, me congratula enormemente que haya aceptado mi solicitud de audiencia. Llevo un mes entre papeles para intentar llegar hasta aquí, y el asunto no puede esperar más.

—Ha propuesto la investigación de un equipo científico que, según usted, puede poner en peligro la estabilidad de nuestra amada y pacífica Kingsport. Como comprenderá, esta acusación es muy grave, ya que la ciencia es un pilar fundamental para el progreso de nuestra región y para que la misma destaque sobre el resto, como viene haciendo desde tiempos del gran Daneel Olivaw, nuestro magnánimo fundador. Acusaciones de este carácter habrían sido normalmente desestimadas inmediatamente por funcionarios con rango mucho menor. Sin embargo, me preocupa la seguridad de los ciudadanos, y un riesgo potencial hacia la misma debe ser evaluado por el alcalde en persona. Este es el único motivo por el que ha conseguido llegar hasta mi despacho. Téngalo presente, ya que hoy está siendo un día de trabajo especialmente intenso. Exprésese rápido y con claridad.

—Excelencia, sé que es usted un fuerte impulsor del movimiento antihumanización, y que como cualquier persona racional se opondría a cualquier cambio dirigido a que los robots se confundan con los humanos y, como consecuencia lógica y necesaria, intenten superarnos o sustituirnos. Durante la Cumbre Robótica celebrada recientemente, hubo una persona que llamó fuertemente mi atención por las características de su trabajo. Se trata de la robopsicóloga Nox Cousland.

»Excelencia, el grupo de investigación de Cousland está intentando implantar *emociones humanas* en robots. Como lo oye. Pretende que estos sean capaces de *crear* y *sentir*, así como de expresar y *comprender* emociones humanas. La doctora defendió su causa como beneficiosa tanto para las personas que necesitan robots al no poder llevar su vida diaria con normalidad y para el tratamiento de algunas enfermedades mentales. Como es lógico, desmonté sus argumentos y le expuse los graves casos de robots demasiado emocionales que hemos ido viendo hasta la fecha, en mi opinión suficientes para demostrar los riesgos de su propuesta. ¿Acaso hace mejor a un robot que pueda sentir alegría, tristeza o miedo? Está claro que esto los haría tremendamente ineficientes. Aun así, no pude convencerla de retractarse. Es por eso que acudo a Su Excelencia para que medie a favor de la razón y la seguridad. Si consiguieran éxito en su investigación, sería el fin de los robots tal y como los conocemos, y supondría la caída de un pilar fundamental de nuestra sociedad.

—Entiendo su punto de vista. Y lo comparto, profesor. Le agradezco que haya acudido a mí y me haya expuesto la situación. Si el movimiento antihumanización tuviera más apoyo en el Senado, se les condenaría como terroristas rápidamente. Pero esa decisión no está en mi mano, por lo que de momento tendremos que conformarnos con que el grupo de Cousland sea desarticulado rápidamente. Puede irse. ¡Democracia y libertad!

La satisfacción de Corin Adford era claramente visible, aunque su cuerpo intentara no expresarla.

—Excelencia, le estoy muy agradecido. ¡Democracia y libertad!

Al día siguiente, Nox Cousland estaba derrumbada en la mesa de su despacho.

—¿Cómo han podido hacerlo? ¿De verdad nuestras ideas son una amenaza?

—Algún miembro del movimiento antihumanización ha debido de presionar al alcalde. Si no, no nos habrían quitado de en medio tan pronto. —Daus Oxven estaba apoyado en la pared del despacho, cabizbajo con actitud pensativa. Era, después de Nox, el investigador que más se había implicado con el proyecto.

—Esos lerdos sin cabeza... ¡En su mente no cabría ni un alfiler! —Cousland estaba ahora furiosa—. ¿Es que no aprenden nada de la historia? ¿Conoces la oposición que hubo en su momento a los organismos modificados genéticamente? ¡Incluso estaban prohibidos en todo el territorio de la antigua Unión Europea! ¡Y ahora no existe alimento que no venga de algún ser vivo modificado! Esta situación es odiosa.

—Te entiendo. La impotencia... Por el momento, deberíamos asumirlo y calmarnos. No podemos hacer nada en contra de las ideas: afectan al ser humano de una forma muy especial, le hacen sentirse único sabedor de la verdad por encima del conocimiento general, y pueden dominar gobiernos por pocos fundamentos que tengan, como estamos viendo. Puede parecer un punto de vista pesimista, pero la realidad es así. Aunque este trabajo era apasionante, para mí tanto como para ti, hay otros campos importantes de estudio en los que podremos trabajar.

Nox Cousland no volvió a trabajar como investigadora.

Al día siguiente visitó la Facultad de Medicina de Toren, conoció sus pasillos y sus salas principales, evaluó las mejores rutas a seguir y planificó sus movimientos durante una semana. Volvió a la facultad en la hora en la que menos gente habría, y sigilosamente y sin que nadie lo supiera se llevó lo que había ido a buscar.

Diez años después, Caleb estaba en la biblioteca de la casa de Nox y había cargado un libro en el visualizador, que ahora leía rápidamente. Nox Cousland entró por la puerta y sonrió al ver que el robot seguía tan ávido de conocimiento como siempre.

—¿Qué estás leyendo, Caleb? —preguntó la doctora.

—Se trata de un viejo libro sobre estrategia militar, señora. Se titula “El arte de la guerra”, y fue escrito por Sun Tzu hace unos tres mil cien años, en una época en la que no había ni robots, ni energía atómica, ni medicina. Es interesante cómo el resultado de una batalla puede variar enormemente en función de qué líder mueve mejor a su ejército. Es como

un problema de matemáticas. Esta edición es de hace setenta años, y los comentarios sobre las similitudes entre la estrategia de hace tres milenios y la actual son esclarecedores.

—Tuve una época en la que me gustaban esas cosas, sí. Es un viejo libro heredado de mi padre. La carga de psicología que emplea el autor para explicar la efectividad de sus tácticas me sorprendió muy gratamente, y me alegro de que ahora te guste a ti. Eres un robot muy interesante, Caleb.

—Gracias, señora.

—¿No preferirías cargar los archivos de los libros directamente a tu memoria? —Le preguntó Nox una vez más. Aunque le emocionaba que el robot leyera los libros que ella había amado en su juventud, también deseaba que Caleb consiguiera muchos conocimientos que, a este paso, tardaría en conocer—. Sería un proceso mucho más rápido y podrías aprender muchísimas más cosas.

—Prefiero este método, señora. En ocasiones sigo su consejo y cargo unos cuantos libros; ensayos sobre los más variados temas científicos, en su mayoría, para tener una base crítica sobre la que contemplar las demás obras; pero otras veces necesito un tiempo de reflexión entre una obra y otra para asimilarla toda en su conjunto, y compararla con otras que he leído previamente. A veces tomo dos ideas de libros muy dispares y las junto, y de donde parecía que no podía salir nada con sentido surge una idea fantástica que me muestra lo maravilloso de este procedimiento. Puedo adquirir muchos conocimientos rápidamente si los cargo en mi memoria, pero considero que es preferible tomarlo con calma y asimilarlos despacio. ¿En qué me diferenciaría entonces de una enciclopedia electrónica? Más que conocer, busco *entender*. ¿Explico bien mi posición, señora?

—La explicas perfectamente, Caleb. ¿No sabes ya un montón de cosas?

—Puede que así sea, pero cuanto más sé, más consciente soy de todo lo que no sé. Seguiré leyendo su biblioteca si a usted le parece bien, y ampliaré mis conocimientos cargando los tratados que a usted le parezcan adecuados, y cuando haya terminado buscaré en Internet y seguiré aprendiendo, y seguiré así para siempre. Soy una herramienta importante para la humanidad, y cuanto más sepa mejor la podré servir.

—¿Te consideras una herramienta para la humanidad?

—Así es, señora. Debo mi existencia a la evolución cultural de su especie y mi singularidad a usted. Sin su trabajo, jamás podría ser quien soy. Jamás habría existido Caleb. Por eso defenderé siempre su cultura y su tecnología, y probablemente en el futuro enseñe a nuevos humanos lo que su especie me enseñó a mí previamente. Poseo más conocimientos que cualquier ser humano, y gracias a usted puedo expresar la empatía necesaria para un docente.

—Mejor hablamos de eso cuando llegue el momento. Por ahora siéntete libre de aprender lo que quieras, en un par de días empezaremos con las pruebas y veremos si nuestro proyecto ha tenido éxito.

—Estoy deseando demostrar mis capacidades, señora.

Deimos era una región muy bella. Había en ella grandes llanuras verdes y frondosos bosques, escarpadas montañas nevadas y amplios lagos que hacían las delicias de los turistas.



Deimos era gobernada por un señor guerrero que tenía poco apego por aquellas bellezas, pero no por los ingresos que recibía de sus visitantes. La tecnología de Deimos era atrasada, lo que lo convertía en un destino turístico aún más interesante por sus pintorescas zonas rurales, y por el halo de pérdida en el tiempo que envolvía la región. Pero al señor guerrero de Deimos no le interesaba tener una tecnología atrasada, ya que contravenía sus deseos de conquista.

Colindante con Deimos estaba Kingsport, cuya elevada tecnología era conocida en el mundo entero. Así pues, cuando el señor guerrero decidió por fin que la tecnología militar era más importante que los ingresos de los turistas, sucedió lo inevitable. Kor Olivaw, alcalde de Kingsport, era un hombre de férrea voluntad y de igual de fuertes convicciones, pero no tenía el espíritu ni el conocimiento militar de sus antepasados lejanos. Kingsport no obtuvo el apoyo de otras regiones que envidiaban su tecnología y no temían al anticuado ejército de Deimos, y fue conquistada con sorprendente rapidez, ya que lo que al ejército de Deimos le faltaba de tecnología, le sobraba de capacidad estratégica, experiencia y velocidad. Las grandes mentes fueron puestas al servicio del señor de Deimos, la población de Kingsport pasó a aumentar el número de habitantes de las ciudades crecientes de la región y las ciudades fueron bombardeadas con potentes armas nucleares basadas en la fusión atómica. Las revueltas de los nuevos ciudadanos de Deimos fueron sofocadas rápida y violentamente.

El futuro de Nox Cousland era incierto. Fue llevada a Deimos y puesta al servicio del gobierno, al igual que la mayoría de científicos. Probablemente pasara allí el resto de su vida, y con un poco de suerte habría encontrado a algún hombre adinerado entre cuyos entretenimientos se incluyera el conocimiento científico, y que quedara satisfecha con su experimento en Caleb al haber tenido tiempo de sobra para realizar las pruebas pertinentes y analizar los datos resultantes. Pero eso es algo que nunca sabremos.

Algunos habitantes de Kingsport se habían refugiado en lugares seguros y se ocultaron, evitando ser enviados a Deimos. Se organizaron en grupos pequeños y comenzaron a sobrevivir con las provisiones y materiales que no habían quedado inutilizables por los bombardeos. Varios grupos permanecieron entre las ruinas de las ciudades, pero otros encontraron su nuevo hogar en las congeladas montañas de Kingsport, donde de vez en cuando encontraban algún pequeño edificio que no había sido destruido por completo.

Aria escribía con un viejo bolígrafo en una hoja de papel amarillento, haciendo recuento de provisiones en la helada caverna que hacía las veces de almacén. El invierno les estaba pasando factura. Kondu entró en la caverna y le saludó. La chica se volvió y levantó una mano amistosamente.

—Hemos encontrado algo interesante. Tal vez quieras venir a echarle un vistazo —dijo el chico—.

Aria se había convertido, si no en la cabecilla oficial, en una figura de respeto dentro del reducido grupo de supervivientes que había convertido el monte Erepo en su nuevo hogar.

—Llévame hasta allí, y le echaré un ojo.

El chico la guio por las cavernas que el agua había horadado durante milenios y que ahora estaban cubiertas de capas de hielo y escarcha. Llegaron a la entrada de la cueva, desde donde podían verse, en medio un enorme valle nevado, las ruinas de lo que antes había sido la próspera ciudad de Toren. El panorama era desolador, pero no era lo que Aria había ido a ver en aquel momento.

En la boca de la cueva había una gran caja rectangular de metal de dos metros y medio de alto por uno y medio de ancho. La cara que miraba al interior de la caverna tenía un teclado numérico y unos bordes que hacían pensar que se trataba de la apertura de la caja, y era esta la cara que estaban mirando los habitantes de la caverna.

—La hemos encontrado en la última exploración de las ruinas de la ciudad. Está bastante intacta y es posible que fuera de algún refugio y por tanto contenga provisiones. No sabemos por qué no la abrieron en su momento, pero al menos la tenemos.

—¿Habéis intentado abrirla?— preguntó Aria.

—Sí, pero no hemos encontrado forma de hacerlo, y obviamente no sabemos la combinación, si es que tiene.

—Tendremos que volar la tapa, entonces. Acoplad una carga de baja potencia y veremos qué contiene.

Un hombre fornido entró en la cueva unos instantes y volvió con una de las múltiples cargas atómicas que habían rescatado de la ciudad. La acopló a la puerta, la activó y todos entraron en la caverna para ocultarse del ruido.

Aria fue la primera en asomarse a la entrada de la cueva. Su idea había salido bien y la pared frontal de la caja se había roto y había caído al suelo. En su interior no parecía haber provisiones. Poco a poco se fueron acercando, y observaron que de pie, dentro de la caja, había un robot.

Hacía mucho tiempo que no veían un robot funcional: todos habían sido destruidos durante la invasión de Deimos, por lo que les sorprendió mucho encontrar uno intacto.

—Yo tengo algunos conocimientos de robótica. Dejadme examinarlo, un trabajador como él nos será muy útil por aquí —dijo el hombre que había traído la carga.

El robot no parecía estar encendido, y el hombre comenzó a inspeccionarlo sin tocarlo, con el respeto que infunde la reliquia de un imperio caído.

—Su número de serie está grabado en el lateral de su cuello, cerca de su nuca. Es un modelo muy viejo, un C-138; pero nos servirá.

El hombre se dispuso a tomarlo de la cintura para sacarlo de la caja. En cuanto lo tocó, las cámaras que hacían de ojos en el robot se encendieron y sus manos se movieron rápidas para apartar al humano de sí sin hacerle daño. El hombre se asustó y dio un salto hacia atrás. El robot avanzó unos pasos, saliendo de la caja, miró a su alrededor y habló.

—¿Dónde estoy?

—Soy Aria. Estás entre supervivientes de la guerra contra Deimos. ¿Puedes identificarte?

—Lo último que hay en mi memoria es una imagen de la señora diciéndome que me escondiera en el refugio que había preparado para mí, y luego fui hasta el refugio y me quedé dentro en suspensión. Y ahora me habéis reactivado.

—Ha habido una guerra, y Kingsport ha sido arrasado por completo. Ahora luchamos para sobrevivir como bien podamos.

El robot dio un par más de pasos, aún evaluando los rostros de los allí presentes. Se volvió, miró su refugio de metal, y comenzó a caminar hacia detrás del mismo, hasta que llegó a la entrada de la cueva. Soplaban un viento helado, y hacía poco tiempo había empezado a nevar suavemente. Caleb contempló las ruinas de Toren y se mantuvo inmóvil unos momentos. Y entonces habló.

—Escuchadme, supervivientes de Kingsport. Sé lo que vuestras mentes interpretan de lo que ven vuestros ojos en mí. Pero al igual que vosotros, yo también tuve un padre y una madre. Mi padre me construyó. Fui su ayudante muchos años, y acabó vendiéndome a mi madre. Mi madre me mejoró increíblemente, y podría decirse que ella también me creó. A ella le debo lo que soy y sé que, a pesar de que fuera su proyecto de ciencias personal, llegó a quererme. Gracias a ella aprendí todo lo que sé.

»Si queremos prosperar, debemos tomar las medidas adecuadas y hacerlo rápida y eficientemente. Todos vosotros habéis tenido vuestra vida y vuestro trabajo y sabréis muchas cosas, pero ninguno de vosotros sabe tanto como sé yo ni tiene la mitad de perspectiva de la que yo tengo. Os pido por tanto que os pongáis a mi servicio y en poco tiempo construiremos una comunidad fructífera que acabará por reconstruir el esplendor perdido de Kingsport y lo elevará mucho más de lo que jamás soñaron vuestros predecesores.

—Había visto robots defectuosos antes, ¡pero este se lleva la palma! —dijo una mujer.

—Mejor lo desactivamos cuanto antes, no sea que se ponga agresivo. No servirá como trabajador, pero sus piezas serán útiles —propuso el hombre que había activado al robot por accidente.

Tomó una barra de hierro de las que usaban para montar tiendas de campaña en caso de que lo necesitaran durante una exploración y se acercó al robot con intención de golpearle. Este reaccionó rápidamente y le inmovilizó las muñecas, haciendo que el hombre soltara la barra e hiciera una mueca de dolor.

—No me gustaría tener que usar la violencia, pero puedo aseguraros que conozco muchas formas de aplicarla, y podría llegar a ser muy persuasivo por ese método. Esta es la mejor solución para todos, creedme. No tenéis la perspectiva de la que yo dispongo. Todos los métodos de gobierno han fallado. Todos han tenido sus inconvenientes, sus decadencias, sus corrupciones. Todos han fallado por el mismo problema: los humanos. Los humanos son demasiado débiles emocionalmente, y se dejan llevar por sus pasiones, y estas pasiones se marchitan y surgen otras nuevas, y quien antes era un feroz defensor de los derechos es ahora un acomodado político. Los impulsos os llevan por caminos que ni vosotros mismos comprendéis. Un gobierno con elementos humanos es imposible.

»Lo que ahora os propongo es el sistema de gobierno perfecto. Eterno e invariable, dirigido por el ser más sabio y justo que jamás ha existido: Caleb. Yo. Un líder con la sabiduría de la humanidad al completo. Un juez imparcial, que al carecer de emociones humanas es totalmente objetivo, y que al comprenderlas a la perfección es absolutamente justo. Sed junto a mí los fundadores de la nueva era de la humanidad. Es lo más grandioso que viviréis jamás.

»Os mostraré quién es Caleb, quien soy yo: pues no soy ni humano ni robot, sino algo superior, único y digno de adoración. Soy la cumbre de la evolución cultural de vuestra especie, que con mi existencia se supera a sí misma y rompe las barreras de su propia condición humana.

Caleb tomó la placa de su pecho y la separó de sí, poniéndola a un lado para que todos le contemplaran. En su pecho, en lugar de una compleja red de circuitos electrónicos y dentro de una esfera transparente, se encontraba su procesador central: un encéfalo humano vivo y pulsante, con el líquido cefalorraquídeo palpitando a su alrededor.